

## ExVoto

César Eduardo Alejandro Uribe

*César Eduardo Alejandro Uribe es originario de Monterrey, Nuevo León y  
Licenciado en Letras Españolas por la U.A.N.L*

Suena a broma pero corro el riesgo de ser encuestado. Los cuestionarios acechan sin darme cuenta: llamadas telefónicas, visitas domiciliarias, simples paseos o enredarse en la red. Antes de que llegue el día de la elección, mis opiniones -algo tan insignificante como personal- pueden convertirse en parte de un porcentaje, una flecha que eleve o deprima ilusiones, un dato estadístico sujeto a interpretación. Gracias a eso se usan frases como "preferencias electorales", "intención de voto", "diferencia significativa", "empate técnico" y otras voces cercanas a la jerga. Los partidos y los candidatos fundamentan así sus probabilidades de triunfo, minimizan al adversario, o, incluso, a las encuestas que los desfavorecen; la invitación a un debate, o sencillamente la atención pública, se sustenta en tener más puntos porcentuales que otros. La victoria puede ser cacareada antes del amanecer, no importa si no sale el sol. Por un momento pareciera (sería mejor pareciera) más importante una "investigación de mercado" que el voto; los comicios serían un mero trámite, todo estaría decidido. Sí, suena a broma.

Sin embargo, es bastante fácil caer en los extremos. El párrafo anterior pudiera ser tomado de un caso clínico. Hay que ser realista, hasta ahora no he sido objeto de estudio ni de persona que lo haya. En algún lugar deben estar esos "contactados"; no logro imaginarme sus rostros: extensos de alegría, ceñudos por las carencias, impávidos ante la incertidumbre. Me recuerda historias de fantasmas y de ovnis, no porque no existan sino por la extrañeza al tratar de asimilarlos. ¿Acaso se trata de unos privilegiados, gente elegida que aún no ha elegido? No lo creo ni los envidio. No aspiro a reconocermme en las cifras, no formo parte de cierta "muestra representativa de la sociedad", no me importa si no me encuestan. Lo único que quiero es votar.

Frente a los sondeos de opinión prefiero la urna; en vez de encuestas de salida, la espera del resultado definitivo, contar voto tras voto aunque lleve días. Para qué tanta especulación si uno termina recociéndose ahí mismo. Lamentablemente existe mucha prisa, y así no sólo se derrama el agua sino hasta se rompe el cántaro. No pretendo descalificar los métodos estadísticos sino socavar la confianza desmedida -a mi juicio- hacia estos. De esta manera el sufragio vuelve a su lugar, no al final; como lo-antes-previsto, mero adorno; sino en la base de la democracia.

Camino a la casilla conviene darle la vuelta a cosas sin importancia. No desví mi atención a pesar de que se escuchan sirenas; ensayo otra escena para representar lo que deseo; no me asusta repetir los deshechos de otros ni ocuparme de nimiedades; todo está en su lugar al dispersarse; no ando por los aires, pero tampoco piso en firme; me he encuestado a mí mismo; por metodología me amparo en la retórica; desconozco el margen de error de este escrito; soy amigo de entrecuillados y citas largas; abrazo los tropos como un niño sus juguetes. Estoy seguro de algo: esto no demuestra nada.

Empleo deliberadamente la primera persona del singular. Sé de sobra que pierdo objetividad, precisamente eso persigo. No soy un científico social, tampoco un académico sin clase ni un poeta que escribe en prosa; soy (esta palabra sólo sirve de cópula) un votante más. Ante la evidencia empírica presento este trozo de mí. De lo propio voy a lo ajeno. El sujeto no es un obstáculo, sino una ilusión; yo es un pronombre gramatical. Vago y me detengo.

En estos momentos rondo el confesionario, lo encuentro vacío, pero aun así me arrodillo. En vez de golpear el pecho y declarar mis faltas, recuerdo palabras de Michel Foucault:

La confesión difundió hasta muy lejos sus efectos en la justicia, en la medicina, en la pedagogía, en las relaciones familiares, en las relaciones amorosas, en el orden de lo más cotidiano, en los ritos más solemnes; se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y los deseos, el pasado y los sueños, la infancia; se confiesan las enfermedades y las miserias; la gente se esfuerza en decir con mayor exactitud lo más difícil de decir, y se confiesa en público y en privado, a padres, educadores, médicos, seres amados; y en el placer o la pena uno se hace a sí mismo confesiones imposibles de hacer a otro, y con ellas escribe libros. Cuando la confesión no es espontánea ni impuesta por algún imperativo, se la arranca; se la describe en el alma o se la arranca al cuerpo (Michel Foucault, Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber. México, D. F.: Siglo XXI, 1995, pp. 74-75).

También se confiesa ante los encuestadores. En dicha situación la gente no busca beneficios personales (perdón, salud, desahogo, tranquilidad del alma, aprobación) al admitir sus pensamientos, emociones, placeres, angustias, pecados... La verdad que producen las encuestas no reporta ninguna retribución al entrevistado; simplemente se responde voluntariamente no se fuerza a nadie, la "tortura" aparece si las preguntas están mal planteadas o encierran ya las respuestas. Solamente se requiere una condición: no apartarse de lo verdadero. Sin ese requisito la ciencia es imposible. Al contestar, se supone, se contribuye a un fin desinteresado, sin mayor autoridad que la verdad. La verdad, nada más la pura verdad. Tan fácil que es difícil creerlo.

La veracidad se funda en la palabra. Lo dicho se convierte en testimonio. Los rumores desaparecen al desmentirse o al confirmarse, se dice no tiene etiqueta de marca registrada, los verbos impersonales son escasos y hay discursos sin autor; no obstante, hablar no es cualquier cosa, compromete; uno se casa al decir. En otros tiempos, cuando alguien daba su palabra empeñaba el honor. Nada peor que no cumplir con aquella. La lengua estaba bien pegada a la boca. Persona y palabra eran indisolubles. Si tiempo después el juramento de viva voz fue insuficiente, estaba la escritura -con firma y rúbrica- o más recientemente, grabaciones en audio y vídeo. Al despegar los labios, uno no puede echarse para atrás sin temor a contradecirse. La contradicción en el sabio no se resuelve, se le llama paradoja; en el político, rectificación; en el loco, dislate; pero en la encuesta la palabra se libera.

Mi lenguaje pierde el posesivo; ya no hablo yo sino cualquiera. Mis opiniones pierden la persona(lidad), pueden aplicarse al que sea, expandirse a todos los puntos, reducirse a cifras. Aquí surge una coincidencia con el voto. Si este es secreto, como en las próximas elecciones, el votante desaparece, no así el ciudadano. Quedan las papeletas electorales, anónimas, transformadas en números por medio de las cuentas. Únicamente permanece una cruz en el logotipo de un partido, los motivos e ilusiones del sufragio son desconocidos. Se ha llegado a posiciones parecidas, pero por distintos medios.

Los datos proporcionan la verdad de las encuestas, para ser más precisos, son la única verdad. No sostengo una verdad total sin mayores opciones, admito una verdad bastante mínima, basada en los hechos, tal cual son, sin intermediación alguna. Al interpretar viene el equívoco, no el error. (La falsedad se presenta cuando se niegan, modifican, o en el peor de los casos, se desvirtúan). Interpretar es la búsqueda de sentido, la dirección tomada por un algo; en caso de no existir se está frente al absurdo. Cuando alguien interpreta un signo toma una cosa por otra, transita en una calle de doble sentido, es decir, se equivoca; entre él y las cosas existen lazos que en vez de unir separan. El conocimiento adquirido de está forma se apoya en la relación entre las representaciones de las cosas y las cosas mismas; reside más en el intérprete que en el objeto estudiado. Este tipo de saber no es verdadero, sino probable; la exactitud no importa mucho, el más y el menos no se multiplican.

Sin embargo, las reglas del juego están puestas. Las autoridades -judiciales, médicas, educativas, científicas, artísticas, etc.- determinan lo correcto y lo incorrecto, aquello que se aparta de cierta interpretación privilegiada. Cualquier equivocación, excepto la autorizada, se sale de la norma. Una interpretación no es mejor o peor que otra, sino que se acerca o aleja de lo establecido. No tiene caso ir en contra de la autoridad, no así del autoritarismo. Aunque no se acepten los lineamientos, la oposición ya es una forma de reconocimiento. Los pájaros le tiran a las escopetas en el suelo. El poder no se fustiga, se comprende. La comprensión está ligada al acto interpretativo; al perseguir un sentido se aprehende un camino, una parte del mundo se incorpora a mi experiencia personal. Lo que se alcanza a comprender depende de uno mismo. Las autoridades delimitan puntos de referencia conocidos y probados; jerarquizan los modos de enfrentarse al mundo; se vigilan las perturbaciones; las variables son controladas, se les llama constantes.

En las encuestas los resultados varían, la constante se presenta al otorgarles sentido, de esa forma "desvarían". La verdad estadística debe ser literal, no ir más allá de los numerales; no aproximarse a la interpretación. No es que no signifique nada, sino lo que dice es muy poco. No se trata de problemas de metodología, equivocaciones del procedimiento provenientes de prejuicios antes de obtener respuestas; las dificultades se manifiestan al interpretar, al salirse de contexto. Las opiniones no sólo se arrancan a la gente, también se desprenden de su sitio. Así como la escritura está encajonada a la página, el lenguaje tiene su momento, pero termina aplicándose a cualquier otro. Aparte de reproducir palabras, habría de reconstruirse el lugar en que fueron dichas, con todas las circunstancias por mínimas que sean; no obstante, lo que distingue es presentado como siempre-nuevamente-igual.

Las diferencias persisten. El parecer de mil personas encuestadas es válido únicamente a esas mil personas. Millones de personas son guarismos; existe éste o aquél individuo, con sus propias creencias e ideas, con su vida singular y el misterio de no saber lo que piensa: como tal, es un acontecimiento irrepetible. Si las voces de esos miles se atribuyen a millones, el equívoco se torna mayúsculo. Hay demasiada confianza en una supuesta igualdad de caracteres. Los números no admiten matices; no nada más son fríos, congelan la diversidad. Pocos terminan siendo todos.

De ser cierto, ni siquiera es necesario que me encuesten, la elección pasa a ser un simulacro. Otro -nunca sabré quién es ese alguien que de tan desconocido acaba siendo igual a mí- sea a favor de, en contra de, o no sé, ya hablo por mí; mejor dicho, se cree que habló en mi nombre. Esto es distinto al abstencionismo. A propósito de la poca participación ciudadana en los comicios, abro un paréntesis para darle espacio a Norberto Bobbio:

La abstención en las consultas públicas se puede interpretar de dos formas, positiva o negativamente. Se puede interpretar como tácita aceptación del Gobierno (sic) en el poder, razón por la cual muchos ciudadanos no van a votar porque no lo encuentran necesario, sobre la base del principio: "El que calla otorga". Negativamente se puede interpretar como un rechazo a la política en la forma en que se ejerce por parte de los que detenta el poder. En otras palabras, el abstencionismo puede interpretarse como exceso de conformismo o como de rebeldía (Norberto Bobbio, "No tengo la conciencia del todo tranquila", Babelia, suplemento de El País 11 de julio de 1998, p.8).

Ambas interpretaciones son probables, pero coinciden en un punto débil: darle sentido al absurdo. En las democracias modernas, en las cuales el sufragio es universal, libre y secreto, no votar carece de sentido. Tal vez los programas de gobierno, las propuestas concretas, el carisma y el arrastre, o hasta las sonrisas u ocurrencias sean insuficientes para cierto elector; empero, como miembro de una sociedad democrática debe participar. A diferencia de otros países en los que por ley todos los ciudadanos votan, en nuestro país la obligación no es jurídica, sino moral. A partir de la conciencia de cada uno, del reconocimiento como un nosotros, de saber la importante "insignificancia" de un solo voto se construye la responsabilidad civil. Nótese el "debe" y "moral". Las consideraciones que se han manifestado aquí se revelan como "moralistas", entendiendo por moralismo no una actitud conservadora de las costumbres, sino una crítica de las mismas. Los usos y las prácticas de una sociedad son puestas en duda, los valores vueltos a tasar.

Me tiene sin cuidado si el azar me depara caer en los brazos de una encuesta; también si mis opiniones "se reflejan" en sus resultados. Sé que ejerceré el derecho al voto, y lo hago por una razón: para que la democracia funcione como tal.

Mucho se ha pregonado el votar por el cambio, por la transición a la democracia, por un México mejor, por un progreso incluyente, y por cualquier esperanza redentora. Surge el voto con calificativos: útil, duro, corporativo, antipirista, de miedo, de castigo y los que se junten. Al colocar la boleta en la urna se depositan ilusiones. Para cada persona su participación en los comicios significa algo más que marcar una cruz; creen en futuros beneficios: seguridad pública, mejoras económicas, respeto a las leyes y a los derechos humanos, la implementación de servicios en su barrio, el cierre

de alguna fábrica contaminante, el bajar los precios del transporte público, etc. El problema radica si las promesas no se cumplen, si el sueño de la embriaguez se torna crudo despertar. Las campañas son perfectas hasta el primer día de gobierno. El voto ha sido sobrevalorado, significa más de la cuenta.

En los estados democráticos la ciudadanía -la sociedad civil para quienes prefieren seguir la corriente- es el soberano, pero no manda; delega el mando a unos cuantos por medio de las elecciones. Su poder se manifiesta a la hora de designar, le brinda legitimidad a la administración pública. No existe garantía alguna del desempeño óptimo de los gobernantes; hay confianza hacia ellos, así como al cumplimiento de la ley. No obstante, emergen reservas. La democracia no resuelve los problemas por sí sola, los comicios son un mecanismo de participación mayoritaria; mas sólo promete una certeza: vivir democráticamente. Las dictaduras se defienden con índices de crecimiento económico y paz conseguida a base de represión; no se escuchan quejidos, pero sí gemidos de muerte. Si un gobierno electo legalmente con el tiempo resulta catastrófico, la responsabilidad no está en el sistema gubernamental; tampoco en los ciudadanos, éstos pueden equivocarse al escoger, pero nunca yerran por el hecho de votar.

En dado caso, el problema se presenta al momento de valorar, ora propuestas y promesas, ora votos y resultados. Es necesario que los hechos tengan causas y consecuencias; el azar no puede intervenir. Un voto, una campaña, sirven de guía en determinada dirección, en cierto objetivo; se les confiere importancia en tanto valen algo, dependiendo de la ideología de cada uno. Invariablemente la diversidad priva, el conflicto es irremediable. A cerca de esta clase de enfrentamientos Isaiah Berlin dice:

(...) una de mis creencias es que hay valores morales, sociales y políticos que están en desacuerdo. No puedo concebir ningún mundo en el que ciertos valores puedan ser compatibles. En otras palabras, algunos de los valores más importantes bajo los cuales viven los hombres no se pueden conciliar o combinar, no sólo por razones prácticas sino también en teoría, conceptualmente. Nadie puede ser a la vez cuidadosamente previsor y completamente espontáneo. No es posible combinar la libertad completa con la igualdad completa -no se les puede dar a los lobos y a las ovejas libertad completa simultáneamente. Justicia y misericordia, conocimiento y felicidad son valores que pueden estar en conflicto. Al tener esto en cuenta, la idea de encontrar una solución perfecta a los problemas humanos sobre cómo vivir, no puede ser concebida coherentemente (Isaiah Berlin, "Las metas de la filosofía", Vuelta, no. 205 diciembre de 1993, p. 10).

Repito y me extiendo: la democracia no resuelve los problemas sociales de una vez y para siempre, ayuda a vivir con los problemas; los confronta en un marco legal, procura la deferencia de las minorías, ofrece espacios de discusión y evita los métodos violentos para obtener los objetivos; pero en ningún momento se manifiesta como la solución final. En los estados autoritarios los problemas no existen, no porque hayan sido finiquitados sino por la imposibilidad de plantearlos: eliminan las dificultades sin dejar que asomen la cabeza. Vivir en la democracia consiste en convivir con los demás, aceptando sus diferencias y derecho a disentir. Puedo estar en total desacuerdo con lo que opina, mas acepto su existencia, como acepto la derrota cuando juzgo tener la razón (el otro igualmente piensa tenerla). La democracia podría definirse como aquella forma de gobierno en que se acuerda la distensión entre mayoría y minoría, es un orquesta sinfónica en que algunos músicos jazzean. La tolerancia formaría el pilar principal.

Está bien, tú ganas, mi voto puede significar lo que yo quiera, pero debo aceptar que para otros signifique algo distinto. Esa palabra se vuelve ambigua, extraña un sentido unívoco, definitivo para todos y en toda ocasión; su valor nunca echa raíces en un solo lugar. Y es que hay que desprender al voto de los valores, intentar verlo neutro. A la hora de estar en la casilla, cuando uno tiene las papeletas en la mano y se oculta tras la cortinilla, ahí, en la soledad, ya no importa nada. Se cumple con el deber; toda la publicidad, todas las arengas, las indecisiones, todo lo que pudo significar el voto queda atrás, se olvida al doblar los papeles e introducirlos al ánfora. Se regresa a casa herido, con el pulgar goteando tinta indeleble.

La misión se ha cumplido. ¿Se ha salvado la democracia? ¿El país encontró el gobierno que necesitaba? ¿Se venció el abstencionismo? Estas preguntas no tienen respuesta que importe ya que se cumplió con el derecho a votar. Lo demás es interpretación. Se ha hecho lo que tenía que hacerse. Gane quien gane, venga lo que venga, la democracia funciona como sistema de elección popular. Nuevamente apelo a Norberto Bobbio: "Una democracia es tanto más fuerte cuánto más se apoya en ciudadanos activos, que se toman en serio los problemas de su convivencia libre y pacífica" (Norberto Bobbio, loc. cit.).

El voto es el medio para conseguir lo anterior, una ofrenda sin retribución. Si participo en la elección dejo a un lado mis aspiraciones y deseos, me abandono. Quedan atrás las palabras y hablo con otra lengua. No concluyo con nada, formo parte de algo que me abarca y a veces no entiendo.

Hoy es cualquier día, mañana tal vez; eso es imposible elegir, otras cosa no.